

VASCONCELOS AMERICANISTA *

Ana María Introna

V. EL PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

Todo pueblo que aspira a dejar huellas en la historia y que inicia una era propia está obligado, al exigírsele su desarrollo, a practicar una revaluación de todos los valores y a levantar una edificación provisional o no de conceptos. Ninguna raza puede dejar de juzgar por sí misma todos los preceptos heredados o importados para adaptarlos a su propio plan de cultura o para rehacerlos nuevamente si a esto la incita el vigor de su incipiente soberanía.

Por eso nosotros, nuestro pueblo, también debe ir definiendo una filosofía, es decir, su propia manera de contemplar el universo. De este estudio nacerá primero su metafísica; después la práctica propia que consagra las leyes de la moral y luego la mística en cuya entraña germina el

* Damos a conocer la continuación del trabajo de la autora cuya primera parte insertamos en el Nro. 6 de !Cuyo!, p. 97-125, 1989. El mismo recibió el apoyo del CIUNC.

arte y se orienta la voluntad. Esto no significa orientarse hacia un nacionalismo filosófico, sino filosofar con la riqueza dinámica de la experiencia racional, ya que la filosofía, por su propia definición, no debe abarcar una cultura sino la universalidad de la cultura.

Es loable el síntoma que se advierte en este momento cultural de América latina: esa clara rebelión contra el convencionalismo y la copia y el afán cada día más notorio de prestar oído a lo qué se dice más que a la manera cómo se dice.

Poco a poco, nuestro espíritu se va convirtiendo en ritmo directo de nuestro desarrollo. Y se va manifestando con caracteres colectivos una manera de emancipación que es necesaria para la autonomía política: la liberación de nuestro pensamiento en la forma y en el fondo.

La América española resulta hoy, de esta manera, también nueva en el alma, no sólo en cuanto a su territorio. Su conciencia es creadora; organizadora del aporte pasado y constructora del presente así como programadora del porvenir.

En cuanto a las raíces del pensamiento iberoamericano sabemos que su misterioso pasado es indígena: esta huella perdura en el ambiente a través del pensamiento y del arte del continente.

Sabemos que los datos que se poseen sobre la ideología indígena son escasos. Cuando los españoles llegaron al continente, la civilización autóctona se encontraba en completa decadencia. Así las culturas azteca e incaica, portentosas manifestaciones de la civilización humana en su momento, ya se habían mostrado en todo su esplendor y habían pasado a la historia de América. Podemos entonces, llegar a la conclusión de que el continente que creíamos virgen, posee

tradición de cultura y hoy se ha convertido en una especie de plano de reunión.

Por su mismo origen, el pensamiento de la América latina no pudo ser el mismo que el de la América del Norte. En ésta, la faena fue ligar la conciencia con la naturaleza vacía; entre nosotros, en cambio, la conciencia se encuentra en un espacio lleno de presencias milenarias. La acción y obra de los siglos permanece tácitamente activa en nuestras zonas.

Nuestro pensamiento se abrió en una diversidad de exploraciones espirituales para descifrar la tradición y orientar la marcha de nuestro espíritu autóctono. Hubo naturalmente tanteos y conflictos porque era necesario adaptar y conciliar maneras de pensar opuestas y diferentes.

Una de las más sorprendentes soluciones es, por ejemplo, la síntesis casi instintiva que se realiza entre las viejas religiones indígenas y la teología católica traída por los misioneros. Durante mucho tiempo después de la conquista, perdurará una forma de tradición indígena esotérica que, aunque aceptando las exterioridades del culto cristiano, mantiene una profunda corriente religiosa local. Quizá este fenómeno se dio como reacción contra el ardor religioso-luchador del castellano.

El cristianismo, predicador de amor y dueño de una soteriología venturosa, debe haber resultado a los indios, una leyenda increíble y lejana de sus posibilidades de entendimiento.

A partir de la conquista, suben a la escena del continente hispánico, dos corrientes de pensamiento: la mística del catolicismo español, y el idealismo pragmático de los conquistadores. Estos poseían ese tipo de temperamento que reforma la realidad misma, a fuerza de exagerarla y de

ir más allá de ella en la fantasía y en la acción. Eran éstos, hombres que no miran con excesiva atención lo que tienen delante porque sus ideales los llevan a buscar cual el tesoro detrás del arco iris, lo que si bien el planeta no puede dar, el alma puede hacer y deshacer.

En el fondo, lo que los movía, no era probablemente, ni el afán de proselitismo, sincero en los misioneros pero vagamente concebido por los soldados, sino que su acción estaba empujada por el apetito de la contemplación, el encanto y el esplendor de los paisajes más hermosos de la tierra.

"Poetas de la acción" llama Vasconcelos a estos hombres que, acaso sin saberlo, iban cumpliendo los principios espirituales de un nuevo rito que era necesario formular en nuestro continente: el culto del paisaje, como la manera más pura de manifestación de lo divino.

El misticismo religioso y el afán, místico también, de la belleza natural son, para nuestro autor, los factores principales que el alma castellana aportó a la nueva conciencia espiritual del continente.

La fe misionera encontró su acción certera en la doctrina cristiana y en la teología católica. El afán de belleza de los aventureros buscó puntos de referencia en los antecedentes de la literatura española, y de la combinación de estos elementos nacieron las Universidades. Estas cumplieron una función muy importante: comenzaron a recoger los elementos de la cultura importada y rescataron a la población iberoamericana de esa regresión a la barbarie en la que fatalmente desemboca cuando los hombres se quedan aislados en el seno de un enorme país inculto.

Gracias al esfuerzo de las Universidades españolas, la cultura no sólo no desapareció sino que pudo conservarse e ir creciendo. Al estudiar el trabajo de las Universidades de

América latina nos damos cuenta cabal de lo que ha sido el pensamiento organizado y civilizado de los siglos del coloniaje y del siglo de la independencia.

Las principales Universidades se fundaron en los mayores centros de población de la época, en las capitales de la Nueva España y del Perú, en Bogotá, y en Quito, y en Córdoba en la Argentina. También las pequeñas ciudades, retiradas de todo comercio, fueron centro de acertados núcleos educativos establecidos por los españoles donde se cultivaba la ciencia y se prodigaba el conocimiento.

Por otra parte, cada misión era un instrumento civilizador en donde se formulaba, no sólo la creencia ideal, la disciplina del espíritu, sino también el concepto de la organización social y del trabajo, la naturaleza de los cultivos y los procedimientos adecuados para las industrias y aún las costumbres de cada región.

Así se puede comprender, que de aquellos tiempos pudieran salir gérmenes tan vigorosos que de ellos proceden veinte naciones ibéricas, dotadas de temperamento propio y resueltas a emprender la aventura de la civilización en armonía con el resto del mundo, pero por cuenta propia, como corresponde a organismos vivientes y sanos.

Las escuelas de los españoles en América, no fueron meros centros de importación, repetidores de la ciencia peninsular, ya que por todas partes hubo hombres dedicados al estudio de las tradiciones y de las costumbres indígenas. Lo que hoy conocemos de todo aquel pasado se debe, principalmente, a las investigaciones de los centros universitarios de la colonia. El **curriculum** habitual de nuestros colegios consistía en el estudio de las lenguas indígenas, con el latín y los cánones, la escolástica tomista y las formas literarias de una época nutrida con el reflejo de los Lope,

Calderón y Cervantes. De aquí se deduce el pensamiento de la época, inspirado en la tradición indígena y en la tradición grecolatina, en el animismo autóctono y en la teología cristiana, una poesía que se había vuelto académica y un pensamiento casuístico, escolástico. La filosofía dominante entonces fue la tomista de la escuela española de Suárez y de Balmes.

Precisamente gracias a las batallas de los hombres ilustrados contra la intolerancia y la ignorancia en aquellas épocas difíciles, se mantuvieron las escuelas de las misiones y los colegios de la colonia, preparándose así los ánimos para el fecundo despertar espiritual que precedió y prestó impulso al movimiento libertador de la independencia.

Y es que más que la rebelión de súbditos descontentos, aquella guerra fue un colosal esfuerzo de la raza española para liberarse del despotismo y de la monarquía. Este intento triunfó en América y fracasó en España.

De todas formas, en el instante mismo en que rompimos nuestros lazos políticos con España, rompimos también las prohibiciones que estorbaban la propaganda de las ideas. Entonces América española se inundó de ideas francesas e inglesas. A su vez, la influencia italiana, más antigua entre nosotros, nos llegaba ya a través de España. La poesía y la filosofía italiana con Petrarca y Dante, con Santo Tomás y con Bruno, llenaron de fuego nuestras Universidades.

Fue llamativa la transformación de nuestras instituciones públicas al adaptarse al sistema constitucional ideado por los enciclopedistas de Francia y ensayado con éxito en Norte América. Todas nuestras Constituciones se inspiraron más o menos de cerca en la Constitución norteamericana, y nuestra escuela primaria en la más destacada

de sus expresiones, esto es, en la fundada por Sarmiento, debe mucho a la escuela primaria de la democracia anglosajona de América.

La influencia de Francia fue más profunda que la puramente política ya que también se afrancesó nuestra literatura a través del soplo romántico.

La fe fue minada a causa de los abusos y las corrupciones de sus representantes. Ella cayó también, en cierta forma, con la dominación española, pues ni bien se reorganizaron las Universidades y los Colegios bajo el amparo de la República, una nueva disciplina penetró en ellos: la disciplina de la investigación de la verdad por medio de los recursos de la razón y la doctrina del amor de los hombres como base de la moralidad y por encima de las exigencias del dogmatismo. La filosofía natural de Rousseau, con todas sus consecuencias y derivaciones en literatura y en política, prevaleció indiscutida, por más de cuatro décadas, en casi todo el continente.

Cualquiera que sea el juicio que deba recaer sobre nuestra mentalidad hispanoamericana, es indiscutible para Vasconcelos que dicha mentalidad debe ser clasificada dentro del temperamento español. Por muy copiosas que sean nuestras importaciones culturales, queda firme el hecho de que somos castellanos y latinos de temperamento y de mentalidad, aún cuando no lo seamos de sangre.

Tras el tomismo escolástico de las Universidades coloniales, tenemos el naturalismo y el romanticismo, y después el período científico, que también en México llevó sus preceptos a la política.

Pero, quizá lo más importante, es destacar que la aspiración social de los pueblos latinoamericanos no ha sido aún satisfecha. El indio, el mestizo pobre, los numerosos

factores de la población, apenas se dan cuenta del paso de las ideas ilustradas. La explotación y la miseria mantienen al hombre en un estado de desaliento que resulta ser una barrera para el progreso y la comprensión espiritual de la vida.

Cambio, tras cambio, llegamos al presente, mas: ¿qué es lo que hoy pasa en el pensamiento de la América latina? Dice nuestro autor, que si bien se ha salido del positivismo, se ha caído en dos extremos igualmente funestos: en la reacción ciega hacia el pasado por una parte y, por otra, por la parte de las izquierdas, en un materialismo social que es reflejo del materialismo económico y filosófico de la mayor parte de las escuelas socialistas europeas y norteamericanas.

Por otra parte, es natural que el movimiento social cobre fuerza en América, donde cualquiera puede captar el contrasentido de la gran riqueza virgen y la gran miseria de las gentes, contraste debido en gran parte a los errores de la organización política y social. De aquí que resulte prioritario resolver el problema del mejoramiento colectivo.

Hay que subrayar que el pensamiento cultivado, el pensamiento universitario, al separarse del positivismo, al desentenderse del spencerianismo, cayó en la boga muy pasajera de Bergson. Pero luego, en los centros más importantes, como en Lima, Buenos Aires, etc., pareció operarse una revolución de conceptos que fatalmente nos llevó al estudio de Kant, punto de partida indispensable de toda especulación seria. Los movimientos de reivindicación popular que en algunos países han provocado verdaderas revoluciones, como en México, o serias corrientes de opinión renovadora como en la Argentina; todo este vago reformismo que frecuentemente se esconde bajo el nombre de socialismo, es la única manifestación superior de nuestro continente en los últimos 25 años. Nos hace falta salir del

régimen feudal y quizá lo primero que se necesite sea un ideal social.

En general, todas las doctrinas contrarias a la tesis del exterminio de los débiles por la lucha y la competencia vitales, las doctrinas de cooperación y auxilio mutuo responden positiva y exactamente a la condición social de la América latina y a la misión histórica que nos está encomendada.

VI. LA EDUCACION PUBLICA

El esfuerzo de redimir a las poblaciones americanas de la miseria y de la ignorancia, data de muy antiguo.

La educación pública como esfuerzo organizado y sistemático comienza en América con la tarea de los misioneros católicos. Así podemos nombrar como adelantados de lo que entre nosotros es cultura a la orden franciscana, la orden dominica y la orden jesuítica más tarde.

El sistema educativo de los misioneros significó un gran esfuerzo, pues no sólo vinieron a enseñar las primeras letras, a propagar un idioma y una fe religiosa, sino que su acción fue más que nada una labor social cuya trascendencia perdura aún hoy.

Luchando con verdaderos salvajes primitivos o con poblaciones subhumanas a fuerza del triste hábito impuesto de la servidumbre, nuestros misioneros se vieron mezclados con las más bajas condiciones de vida. Pero esto no logró desanimarlos. Se enfrentaron así con el lógico resentimiento de las poblaciones recién ofendidas. Debieron entonces vencer primero los prejuicios y luego la indiferencia, las incapacidades de las gentes y los obstáculos de la tierra.

Ya provistos de albergue, tuvieron necesidad de solucionar el problema de la alimentación, y en este aspecto implantaron un nuevo matiz de toda la cultura que portaban, a través del cultivo de los cereales y las legumbres: trigo, frutas y vino se hicieron realidad entre sus manos laboriosas.

Posteriormente el misionero enseñó al indígena la cría de animales domésticos. Así, por ejemplo, comenzó a utilizarse el asno traído de España y Africa, que suplantó al hombre en las tareas más duras.

Durante el día, la misión se organizaba alrededor de las tareas del campo y de las obras de albañilería. Al atardecer se pasaba del trabajo manual a la tarea escolar: encarada hacia la religión, el lenguaje, el arte: dibujo, música y canto.

Por otra parte, la misión se convertía periódicamente, en fortaleza para la defensa contra las tribus más salvajes. De éstas últimas quedaban "enemigos" heridos que eran curados e iniciados, a su vez, en el trabajo ordenado y en la conversión.

Opina Vasconcelos, que es positivo, saludable, inspirarse en el colosal esfuerzo de los misioneros para esbozar hoy los lineamientos de una escuela útil al pobre y capaz de remover todas las capacidades de una raza. De la labor misionera procede toda la conciencia indígena semi-culta o culta del México de hoy, que aún en medio de hondos tropiezos conserva y alimenta diariamente, la esperanza de una patria mejor a través de la evolución de una condición humana que quiere vivir de pie pues ya no se conforma con vivir de rodillas.

Fue gracias a la antigua labor misionera que este mestizaje, que es el núcleo de nuestras patrias latinoamericanas, ha podido ingresar en la vida pública participando así de la

problemática social. La vida material y el alma de nuestra raza fue, gracias a aquella portentosa empresa civilizadora, abonada y sembrada por todos los factores de la cultura.

En nuestro continente, la conquista material fue acompañada por la destrucción de la ideología indígena. Pero ésta fue reemplazada con ventaja gracias a los misioneros. Sin éstos, que actuaron como filtros asimiladores, el indio hubiera terminado en la sumisión total o en el exterminio, como sucede en determinadas colonias europeas.

Es así que se creó una alianza entre la virtud y la ciencia del misionero y el apetito de saber del indio que lo llevó a afianzarse en la vida civilizada a través de la modalidad castellana.

Aunque fue la labor de los misioneros insuperable en América, las misiones desaparecieron antes de que su obra en simiente adquiriese las proporciones de una realidad compacta.

Surge, entonces, inevitable la pregunta del por qué de este fenómeno. De acuerdo a la opinión de nuestro autor, probablemente la enormidad misma del esfuerzo agotó a cinco o seis generaciones de estos hombres-ejemplo y así la tarea quedó necesariamente inconclusa.

A la decadencia consecuente con esta desaparición, se agregó el puñado de obstáculos opuestos por la autoridad militar y civil, y el afán de explotación privada de los funcionarios y los terratenientes de la colonia.

Así, la exclusión de los jesuitas, marca el fin del apostolado misionero que no sería reemplazado **a posteriori**.

El problema de la educación de las masas, quedó abandonado en las postrimerías de la colonia, aunque es dable

destacar el interés que la civilización española centró en los colegios de segunda enseñanza, en los seminarios y en las universidades.

Como consecuencia de este empeño, fueron publicadas valiosas obras de historia y de investigación. En los claustros de conventos y universidades se cultivaba tanto la arquitectura y la música religiosa como la oratoria y la literatura. A estos recintos tenían acceso tanto el criollo como el indio.

Más adelante, estos mismos hombres cultivados a porfía fueron los jefes del movimiento libertador. Y podemos decir, con seguridad, que la generación que luchó por la independencia es la más alta, la más consciente, la más letrada de todas las generaciones de políticos que hasta hoy han actuado en nuestra historia.

Si queremos señalar el defecto capital de la obra civilizadora de España, debemos apuntar hacia el hecho de que preparó ilustres minorías pero no logró difundirse. De aquí que se produjera el triunfo de un caudillaje iletrado sobre los pocos que poseían conciencia.

Podemos destacar entre todos los programas de educación del siglo independiente, la obra de Bello en Chile y la de Sarmiento en la Argentina.

El Brasil es el único país iberoamericano que logró escapar totalmente a las vicisitudes del caudillaje. Por eso su historia implica una continua marcha hacia el progreso. Respecto a la educación pública se pueden diferenciar allí dos zonas: la zona de población antigua, cercana al mar, que ha alcanzado un prodigioso desarrollo, y el interior remoto y todavía no del todo explorado.

Pero hay que subrayar que, en todos los países iberoamericanos, surgieron esfuerzos por hacer prevalecer

la luz del espíritu sobre la barbarie y las sombras de la ignorancia.

Sin embargo, queda un grupo de países que tienen de común la circunstancia de ser pueblos de castas, donde perduran marcadas divisiones sociales provenientes de la subsistencia de una crecida población indígena y donde, como fatal consecuencia, aparecieron las tiranías políticas y económicas que desbaratan todo noble propósito.

Nuestro autor se refiere al México de su tiempo así como a Venezuela, Chile, Perú, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Poniendo el acento en cada caso particular, dice que México y Venezuela destierran o cuelgan al que piensa; Chile y Perú no lo toman en cuenta ya que el gobierno, en estos dos últimos países, ha estado en manos de egoístas oligarquías, para quienes el "indio", el "cholo" y el "roto" eran menos que bestias.

Vasconcelos considera que los yerros del presente no deben llevarnos a perder de vista las posibilidades y los deberes del futuro. Así, por ejemplo, el intercambio de pensamiento con los otros países, traería la ventaja de los puntos de vista continentales y todos juntos podríamos elaborar lo que difícilmente se logra dentro de los límites estrechos de una sola nacionalidad, esto es, ese idealismo, esa noción religiosa y trascendental sin la que resulta inaceptable imaginar un sistema acabado de educación ya que sin ella no hay cultura, ni arte, ni poder.

En oposición a un socialismo materialista, resultaría beneficioso, para nuestro autor, un buen socialismo humanitario y científico que ayude al hombre a prever lo que ha de hacer con su vida luego que haya mejorado su bienestar puramente material. Una educación que obvie esta cuestión fundamental, no podría ser llamada realmente

educación. Lo que la verdadera educación debe enseñar, es el camino que las gentes por sí solas deben transitar para descubrir la mayor suma posible de verdad. Para colaborar con este objetivo, se debe facilitar al alumno la enseñanza religiosa completamente libre poniendo, al mismo tiempo, el acento, más que en la teoría, en la purificación del ambiente moral.

VII. EL CONFLICTO

Si bien aparentemente, las dos grandes culturas de América: la sajónica y la hispánica parecen fatalmente enfrentadas en un conflicto donde triunfa el fuerte, en este caso, la primera, y perece el débil, y aquí nos referimos a la segunda, un cuestionamiento más profundo e inteligente nos lleva a preguntarnos si no sería posible que este conflicto se torne en intercambio de cooperación creadora.

En primer lugar hay que acotar que el choque de las ideas, hijas de dos culturas diferentes, es realmente fructífero, y es que el encuentro de dos razas no lleva necesariamente implícitas la oposición y la discordia. Sólo cuando rivalizan los intereses estallan los conflictos y aún la guerra. De aquí que el desacuerdo internacional no responde a una dimensión constitutiva del ser humano, sino que es el resultado de malos arreglos que la inteligencia bien intencionada puede prevenir y enmendar.

Contra la presunta fatalidad de los conflictos armados, hay que partir de la búsqueda de las causas que fomentan el odio y preparan la guerra. Entonces sí, desenmascaradas las causas se podrá luchar mejor contra su poder.

Aunque resulta difícil un triunfo inmediato en la práctica, es imperioso eliminar las causas del odio entre las dos razas.

Una de las razones fundamentales del conflicto, es el desequilibrio de las fuerzas. Sabemos que los Estados Unidos están ya conformados y poseen un incalculable poderío. Sus tierras, por ejemplo, están pobladas mientras que en las nuestras no sucede lo mismo. Tampoco hemos asimilado íntegramente a las poblaciones indígenas ni tenemos aún una personalidad política bien definida.

De aquí que debemos apresurarnos a integrar nuestra raza levantando el nivel social de la masa de población indígena y estrechando lazos.

Por otra parte, nos urge poblar las tierras vírgenes y explotarlas con inteligencia, con justicia, con generosidad. En una palabra: debemos apresurarnos a crecer y para esto es necesario que la paz, la libertad y el honor mantengan a nuestra raza unida.

Justamente los millones de iberoamericanos que emigran hacia los Estados Unidos en busca de mejores fuentes de trabajo y de mayor libertad, significan la más grave acusación que se puede formular contra determinadas situaciones nacionales.

Debemos lograr que, por lo menos en los países más adelantados, donde ha desaparecido ya la plaga del caudillismo, se lleve a cabo la fecunda obra de todo gobierno civilizado, a través de una sabia política económica. Así dice Vasconcelos: "...si ahora que los Estados Unidos han comenzado a entrecerrar sus puertas a la inmigración, los países civilizados de nuestro continente subdividiesen sus latifundios y ensanchasen sus industrias para que una sana

inmigración los fecundase, entonces sólo sería cuestión de unos cincuenta años para que pudiésemos declarar que el Brasil y la Argentina estaban a salvo, y enseguida, con fuertes núcleos de población hispanizada en el Sur; ya no perduraría ese pavoroso contraste que hoy mantiene un gigante blindado como Costa Rica indefensa, y de naciones muy grandes, pero que, como México, cada día tiene menos habitantes y como todas las otras que no son aún más que una esperanza" (5).

Una vez establecido un equilibrio vital, sería más fácil la espléndida tarea de edificar una civilización con los más grandes recursos del planeta y con la más avanzada técnica que ha conocido la ciencia. A través de esta tarea imponderable nuestras dos razas hallarían el estímulo y la aventura.

Vista la cuestión desde un aspecto más concreto, debemos decir que hace ya varias décadas, somos los del Sur, víctimas de los avances de los del Norte.

Frente a este peligroso panamericanismo que avanza sistemáticamente, lo único que atinamos a hacer en vez de unirnos para la defensa, es apenas defendernos tibiamente, dejando que caigan algunos mártires como símbolos de nuestro honor, pero esto no basta y la batalla se pierde porque estamos dominados por el odio, consecuencia nefasta de todo gobierno que, como los nuestros, se fundan en la victoria de las armas y no en la opinión personal y en la justicia.

Los que avanzan por el Norte son los dominadores ilegítimos que usan la fuerza de su poderosa civilización capitalista para someter a gentes y naciones.

De este lado, entre nosotros, existen los caudillos de

cualquier causa, los aventureros de la política que "recogen la bandera del martir" y la utilizan para matar y tiranizar a sus conciudadanos.

El peor episodio de este proceso se desenvuelve cuando el caudillo dictador y el prócer imperialista del norte utilizan con malas armas su inteligencia para entenderse: "Tú me ayudas a imponer el orden, la mano de hierro -dice el caudillo- y, en cambio, yo garantizaré tus posesiones; bajo el texto aparentemente puro de leyes bienhechoras yo te salvaguardaré y te daré privilegios". Como respuesta, el imperialista acepta y proclama, satisfechos sus intereses, que aquel caudillo y la patria son una sola cosa. Y a su vez, el caudillo declama que en él se encarnan la soberanía de la nación o el destino de la revolución.

En este tono, traidor y odioso, se desenvuelven la conquista y la compenetración económicas modernas.

Es importante que veamos claro que son los más bajos elementos de cada raza los que promueven rivalidades y prostituyen a la patria. De aquí se deduce que lo esencial para contener los posibles choques y para esfumar los latentes odios, es que cada uno de nosotros desde su lugar de acción específica y dentro de nuestra soberanía, castigue a estos fariseos, traidores a su patria y al mismo interés de la especie, que necesita la paz y la concordia para sobrevivir.

Resulta, entonces, imprescindible declarar la guerra al caudillaje iberoamericano -mala semilla de nuestros países latinos- y guerra al imperialismo invasor por parte de los buenos patriotas norteamericanos.

Y esta guerra se debe nuclear alrededor del terreno educativo.

Porque es a través de la iluminación y la persuasión que logremos convencer a nuestras gentes que no se deben tolerar dictaduras, asesinatos ni atropellos de parte de quien ejerce el poder. Paralelamente, por la educación y la persuasión debe hacerse tomar conciencia al ciudadano norteamericano que no debe apoyar el poder de los políticos que no han sabido poner freno a las empresas invasoras que bajo el disfraz del comercio y el progreso difunden por el continente la simiente de futuras represalias contra los mejores intereses de Norte América.

Vivirá con la conciencia tranquila, entonces, quien sea constante en la enseñanza del bien -siempre uno- que sobrevive a través de los tiempos y por encima de todos los males que realicen los hombres. Lo único que no cambia es la norma divina, y esto puede testificarse porque a cada momento la misma realidad, después de vagar y errar, acaba sometiéndose y confirmándonos que sólo es perdurable aquello que se funda en la lealtad y en la justicia.

Las fuerzas morales tienen tal poder en sí mismas, que cuando ellas dejan de ser el sostén y la égida de la conducta individual o colectiva, ésta decae y se desvirtúa inexorablemente. Esta es una ley constructiva de los pueblos que impulsó, por ejemplo, a hombres como Jorge Washington o como Lincoln, que hizo el derecho constitucional americano y reafirmó las garantías del hombre, la división de los tres poderes del Estado y la suprema aristocracia de la dignidad humana.

Si comparamos a aquella valiosa América del Norte con la de hoy, notaremos que no sólo nosotros, sino también los hombre del Norte están amenazados por ese subrepticio y turbio poder que destruye la democracia y cambia la norma del amor por la norma de la conquista inhumana.

Ya está trabajando una buena cantidad de norteamericanos, que cada día crece más, en procura de la rectificación de los yerros socio-políticos y del retorno a las tareas de reconstrucción y el respeto por el derecho ajeno.

También entre nosotros existe, en cada nación, un grupo cada día más numeroso de hombres que combaten todo gobierno personal y tiránico.

Conciliar y reunir las dos corrientes sanas: la corriente moral que allá se difunde, con la corriente de energía inteligente que entre nosotros brega por la justicia: este debe ser el firme propósito de los hombres íntegros de las dos razas del continente americano.

Es necesario echar mano a la franqueza para confesar-nos que la situación es grave, sobre todo para nosotros que somos los más débiles, pero también es grave para los fuertes de hoy, ya que la caída de los más ambiciosos imperios comienza con la injusticia que se comete contra los vecinos. Esto es así, porque el poderío que triunfa sobre el derecho extranjero, tarde o temprano se vuelve contra los intereses del mismo pueblo dominador. Entonces llega el tiempo en que todos son esclavos: los dominadores y los dominados. Pero también ese instante del triunfo de lo ilegítimo señala el comienzo de la disolución de toda una época infame. Por ello, si anhelamos que la civilización de la América sobrepase a las civilizaciones anteriores, debemos cuidar que no las imite en sus atrocidades.

La ciclópea tarea que el desenvolvimiento progresivo y luminoso de América requiere, necesita el concurso amistoso no sólo de quienes estamos establecidos en el continente, sino de todos los pueblos.

Nuestra misma cultura, aún en formación, no es produc-

to de una sola tradición sino de todas, ya que Norte y Sur han tomado enseñanza y contraído parentescos con todas las razas de Europa. De todos necesitamos.

El mismo signo del continente es el de la fraternidad. De aquí que se nos impone como tarea ineludible denunciar a todo aquel que conspire contra los intereses continentales que, al fin, son los mismos intereses de toda la humanidad. Entran aquí todos aquellos que trabajan en contra de la paz y la armonía de nuestras razas a través de la opresión y la explotación basadas en la tiranía y la injusticia.

Sobre el destino de los pueblos pende la inflexible ley de Dios que, a la larga o a la corta, nivela y juzga, castiga o exalta según la conducta de cada hombre.

Ocupémonos antes que nada de merecer el positivo fallo divino a través de nuestro apego tenaz al deber y lo demás...se nos dará por añadidura si sabemos esperar.

VIII. EL IDEAL

Con el sano idealismo que lo caracteriza, Vasconcelos ve la necesidad de formular un ideal cuyo contenido tienda a mejorar lo que es, a construir un mundo mejor.

En cuanto la materia sigue el curso que la inteligencia le señala, el ideal debe anteceder a toda creación que aspire a ser positiva.

Los iberoamericanos somos proporcionalmente nuevos en la historia universal, pero también ricos herederos de todas sus experiencias, y de toda su sabiduría. De semejante concentración de gérmenes, debe salir una nueva forma de vida, una mejor construcción diaria del destino.

Si queremos sintetizar lo que nos urge debemos enunciar la necesidad de ir formulando nuestro credo nacional y continental.

La primera hipótesis que toma nuestro autor para organizar el conjunto de nuestros ideales colectivos con una marcada tendencia hacia el futuro, es su teoría de los 3 estados de civilización. Así, el problema del mundo puede englobarse en 3 grandes ciclos: el materialista, el intelectualista y el estético.

La historia de cada una de las grandes civilizaciones podría demostrarnos la sucesiva aparición de cada una de estas épocas que se caracteriza por el predominio ya de uno, ya de otro de los factores que sirven de base a la diferenciación. El período militar, que corresponde al régimen de tribu; el período de intercambio, las convenciones y los arreglos inteligentes que corresponden a la época del desarrollo de las instituciones y de la civilización y, finalmente, el período estético que corresponde a la concepción emotiva religiosa y artística de la vida. Este tercer período ha sido para todas las grandes culturas como una meta aunque todas, han decaído antes de alcanzarla. Esto ha sucedido porque la corrupción interna, al traicionar las normas superiores las ha puesto cada vez a merced de la incredulidad en el ideal.

Esta ley de los 3 estados no podrá funcionar plenamente mientras no se llegue a consumir la fusión de las razas y de las culturas. Desequilibrando la posibilidad de esta fusión, afecta el hecho de que unas razas permanezcan en situación salvaje o semisalvaje del primer período, mientras otras se están ya acercando al tercer período, esto es, al más alto nivel cultural.

Esta convivencia de razas superiores con razas inferiores provoca conflictos que se traducen, por ejemplo, en el imperialismo que induce a los más fuertes a abusar de su poder y a esclavizar o exterminar a los más débiles, corrompiendo la moralidad de los imperios y llevándolos finalmente a la decadencia.

La situación contemporánea del mundo, hace suponer, a pesar de todo, que ya va pasando el tiempo de las civilizaciones particulares, que nacen, se desarrollan y mueren, por lo mismo que ya pasó la era de los aislamientos nacionales. De esta forma, cualesquiera que sean los desequilibrios que hoy acontezcan, los desplazamientos tienen que llevarse a cabo alrededor de grandes masas que fatalmente se van compenetrando unas con otras; y de esta manera nos acercamos a un período de reajuste definitivo.

Respecto a este fenómeno, una de las ventajas de América latina, es que esa compenetración de culturas e intereses, a causa de nuestros orígenes, de nuestras tendencias y de las condiciones de nuestro territorio, podrá verificarse conforme a maneras, ya no violentas como ha sucedido y sucede actualmente en el resto del mundo, sino a través de una deliberada y consciente cooperación. Según la tesis de este ilustre mexicano, al ir desapareciendo las fronteras, por una especie de desarrollo combinado, resultante de la intensificación de las comunicaciones y del engarce de los intereses, de la mezcla de sangres y de la igualdad de las instituciones, las guerras se irán haciendo cada vez más espaciadas. De esta forma, el período guerrero, aquél de los intereses puramente materiales, tocará a su fin. De hecho, ya vivimos más bien dentro de la ley del período intelectual, puesto que más que por guerras, los conflictos se debaten a través de tratados y convenios.

El ingreso de todas las razas en el tipo democrático industrial de la cultura europea fomentará un equilibrio y señalará un apogeo del segundo período intelectual en el que, al fin, todas las cuestiones se resuelvan por medio de la inteligencia colectiva. Incluso, y tal vez sobre todo, la universalidad de las normas económicas, permitirá que todas las energías que hoy se pierden en la rivalidad y la discordia, se empleen en la tarea, mucho más humana y útil de domeñar el planeta, es decir, de conquistar las fuerzas naturales en gran escala.

Toda esta empresa será sólo preparación para el advenimiento del tercer período definitivo ya enunciado: el período estético, en el que los pueblos se regirán, ya no por los intereses inferiores de la materia y de la necesidad, sino *por las leyes superiores de la belleza y del espíritu.*

Dentro de la ley de los 3 estados es dable observar claramente, una sub-ley de 5 períodos, es decir, una quintuple norma de procedimientos que van consumando, en una evolución progresiva, la ley trinitaria que llevará a la salvación colectiva. Estos períodos que responden a otros tantos momentos de la evolución histórica de la sociedad son: el período del soldado, el período del abogado, el período del economista, el período del ingeniero y el período del filósofo.

Es dable destacar que estos 5 períodos se entrelazan y se confunden solamente con el estado material y el estado intelectual. De esta forma las cinco etapas nombradas juegan el papel de ir preparando la llegada del tercer período: el estético.

Desde la aparición de la sociedad, en las tribus primitivas, ya se destacan determinadas funciones directivas que van realizando, a través de quienes las digitan, los

propósitos colectivos. Así, la tribu se gobierna por lo que llamamos el régimen militar. Todos los poderes emanan del jefe militar y todo se subordina a las necesidades de la guerra. Este período ocupa un tiempo histórico tan prolongado que si bien nace en las tribus primitivas se dilata hasta las actuales "militarocracias" de Venezuela, México, etc. La esencia de estos regímenes, claramente negativos, se nuclea alrededor del gobierno tiránico de un caudillo, jefe, rey o presidente cuya voluntad es invariablemente ley. Así, jamás se realizan obras de trascendencia y, por lo tanto, este período debe desaparecer para dejar lugar a los posteriores períodos de organización pública.

El segundo período: el legal o "del abogado" es aquél en el cual la norma colectiva no emana del mandato de un jefe, sino de la ley expedida ya sea por un sabio, un grupo patricio, o una asamblea de ciudadanos. Es decir que aquí ya opera un organismo no ejecutivo sino legislativo.

Teóricamente, cada período aparenta condenar el principio básico del período precedente; pero, en la práctica, las normas de cada época se mezclan y perduran en equilibrios inestables de lo cual resulta la lentitud de nuestro progreso.

Con la primera ley que se expidió nace el sistema representativo, de gobierno civil, que principia exitosamente con la democracia griega y se fortalece en la república romana. Pero otra vez, el desequilibrio de la cultura, provoca el estallido de una crisis cultural que amenaza los destinos de todos los pueblos. La mala organización industrial de nuestros días que concentra la producción en determinados sitios y crea de esta manera la lucha artificial de los mercados, ha ido debilitando el poderío moral de los pueblos conquistadores.

Ante este panorama se produce un progresivo desarrollo hacia el tercer período de la organización social: el período económico, que implica entregar el poder a los economistas bien intencionados para que traten de resolver, utilizando la justicia, las enormes desigualdades económicas que se han producido, incluso, en los sistemas democráticos de gobierno. Y es que el estado deplorable de la economía social de hoy constituye una amenaza para la civilización entera. Por eso subrayó visionariamente Vasconcelos, desde su indología: "Las guerras internacionales por la disputa de los mercados y las guerras intestinas, la lucha de castas continuarán minando la vitalidad del mundo, mientras no se responda al grito de la hora, que es: pan para todos; pan y educación y salvación, salvación colectiva. El capital, que debiera ser instrumento, se ha ido convirtiendo en ídolo. El capital no tiene patria, como no tiene ideal. Si no lo dominamos, llegará a aplastarnos. Nacido de nuestro trabajo y acrecentado de improviso, como todas las fuerzas recién creadas, ocasiona oleajes devastadores. Se encuentra en el período de la piratería individual y está aguardando la socialización que lo lleve a dar frutos de progreso. Por ahora parece más bien calamidad. Los valores más altos los sojuzga y los corrompe. Del soldado se sirve porque lo compra y a la inteligencia la burla y la seduce con el privilegio. Es el Monstruo que devora insaciablemente". Y más adelante agrega: "El ímpetu de la civilización contemporánea seguirá contenido hasta el día en que se logre convertir la fuerza del capital en fuerza libertadora de la necesidad colectiva" (6).

Suponiendo que la justicia social llegara a imponerse, y tarde o temprano tendrá que llegar ese momento, el trabajo comenzará a organizarse para responder a los fines del cuarto período que es el de la técnica, el período de la

ingeniería. Este será el período de gran florecimiento para América latina porque ningún lugar del mundo contiene iguales tesoros que nuestra tierra. Es así dable imaginar el éxito de una sociedad industrializada que ya no trabaja para el enriquecimiento de una minoría, sino en beneficio de toda la humanidad, y la gran tarea de explotación colectiva dará temporalmente el poder político y social a los mejores técnicos de la ingeniería que dirigirán las plantas eléctricas y el reparto de energía para el desmonte y cultivo de las selvas y para la edificación de las nuevas ciudades en toda la extensión del planeta.

Posteriormente, surgirán los impulsos que harán nacer el quinto y último período, gobernado ya por motivos morales y no por motivos materiales o utilitarios como en las etapas anteriores.

En el quinto período, quienes digitalarán los asuntos humanos serán los educadores y los filósofos. En este nivel superior, todas las energías colectivas se concentrarán en el propósito de ennoblecer y superar la vida. Las fuerzas dominantes que la encauzarán serán ahora problemas trascendentales como: el arte, la religión y la poesía. Todo lo que en estos tres últimos ámbitos no se ha podido alcanzar hasta la fecha, será alcanzado en esta quinta etapa, natural y espontáneamente. Además dejarán de ser patrimonio de las minorías y se convertirán en patrimonio de todos los hombres.

De esta forma, los 5 períodos de las formas de gobierno, servirán para vencer, a través de los estados primitivos de la civilización, los estados material e intelectual, y nos pondrán a salvo en el tercer estado, el estético, en el cual, las razones del espíritu serán las normas de la vida privada y del derecho público. Justamente por falta de un gran ideal

colectivo y práctico hemos sufrido el decaimiento que hoy nos domina.

Fortifiquemos nuestro presente, desorientado e incrédulo, con el propósito firme de una gran misión, claramente concebida, tenazmente perseguida y notaremos que en la entraña de nuestros pueblos comienzan a manifestarse las fuerzas salvadoras que expandirán el progreso humano por todo el planeta. Así, por ejemplo, el interés humano demanda que la tierra sea de quien la labora y de quien la torna fecunda.

Nuestro tiempo, preparatorio de este tercer estado, nos impone un saludable y valeroso silencio que amordace nuestras quejas y lamentaciones, al tiempo que una lucha tenaz y cotidiana en pro de nuestro ideal.

Es importante no olvidar que toda la gran tarea implica sacrificios constantes.

Si reflexionamos acerca del problema del hombre, debemos recordar que nuestra misión es reunir en una sola todas las razas. De aquí que debemos permanecer siempre atentos para no crear, como lo hacen otros pueblos, barreras de color, de sangre o de dinero. De la doctrina democrática tomemos la idea de igualdad política; de la ciencia económica el principio de depurar la democracia fustigando al capitalismo y a sus ilimitadas ambiciones de acaparamiento.

Como hemos podido observar, las razas que viven en la América latina no se han mantenido aisladas unas de otras, sino que han mezclado sus sangres. Estas mezclas significan la levadura de una estirpe humana que tendrá que reemplazar a todas las razas ya existentes.

Frente a la ley darwiniana de la selección natural, la

fusión iberoamericana responde más bien a una ley que han comenzado a formular naturalistas modernos como Nicolai en Alemania, y Lecrec de Sablon, en Francia. Según esta ley, la regla de la existencia no es la lucha, sino la cooperación y el apoyo mutuos.

Que no existan barreras de color ni de sangre entre nosotros, no significa, en modo alguno, una confusa promiscuidad, sino una selección vital regida por el instinto sano y el gusto libre. La raza del futuro revelará un certero instinto para la elección por el misterioso lenguaje de la simpatía y por el signo imponderable pero también inconfundible de la belleza. Solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales, de raza y de territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la humanidad. Están allí todas las razas que han de ir dando su aporte: el hombre nórdico que hoy es maestro de acción, pero que tuvo inicios humildes y parecía inferior, en un tiempo en que ya habían aparecido y decaído varias grandes culturas; el negro, como una reserva de potencialidades; el indio, que guarda un quieto misterio en la conciencia. Vemos así que tenemos todos los pueblos y todas las aptitudes, y sólo hace falta que el amor verdadero organice y ponga en marcha la ley de la historia.

Naturalmente, la educación que requerirán los nuevos hombres del futuro, tendrá que poseer pautas inéditas y originales ya que deberá responder a una nueva y trascendental misión.

Tendrá que ser, entonces, una educación que prepare ya no dominadores de hombres, sino dominadores de la vida; una educación que imparta todo el conocimiento, ya que la nueva raza necesita fortificarse con la experiencia de las distintas edades; una educación impulsada e impulsadora de

toda la fuerza pero puesta, esta última, al servicio del bien, puesto que entendemos que no es posible la propia dicha sin la dicha de todos.

Una disciplina que preste atención al cuerpo y al alma, a la materia y al espíritu, pero teniendo como meta final el dominio de los valores espirituales.

Así, sin desdeñar la materia, debemos someterla a los fines del pensamiento. Esto implica también que nuestra nueva educación no deberá descuidar la técnica que resuelve los problemas menores: alimento, habitación, comodidad y placer sin que por ello nos dejemos dominar por ninguno de estos factores que el imperio de nuestro espíritu debe ver como secundarios.

Y es que nosotros debemos representar un ciclo de cultura que busca la salvación colectiva, a través de la democracia, y no ya la mezquina producción de aristocracias.

Cultura es producción y aumento de valor, no reducción de valores. La naturaleza produce la desigualdad, pero la civilización consiste en usar las ventajas de la superación individual en forma tal que beneficie a la especie. Civilizar es lograr una multiplicación de la tabla de los valores humanos, de manera tal que no sea una sola la especialidad preferida, sino que todas las especialidades concurren al fin trascendental. Y nuestra cultura deberá tender a la producción de tipos extraordinarios y de caracteres geniales.

La capacidad de iluminación y la capacidad de entrega y de sacrificio: eso será para nosotros el genio. No el que se encumbra sobre los demás, sino el que ayuda a liberar a sus semejantes y aumenta la potencia espiritual de cada uno de los que reciben su influjo.

Hasta hoy cada cultura se ha podido caracterizar por la preferencia que otorga a tal o cual tipo de aptitud pero lo que nosotros debemos representar en América significa tanto que no podemos erigir un solo tipo en norma. Tenemos que dejar libre el campo a toda clase de prototipos a causa de que el ideal se creará sus propias manifestaciones. Así estimaremos al constructor y al poeta, al que ejercite y al que sueñe con tal de que ambos sean creadores de actividad noble y contribuyan a acelerar la salvación colectiva.

Si trabajamos nuestra realidad con fe, quizá llegaremos a comprobar que el cristianismo es, realmente, la revelación de una manera divina de la energía, que a la misma realidad la reforma y la adapta al fin superior. Si algo de esto logramos, tendremos derecho a afirmar que representamos una era nueva en el mundo.

El período estético, entonces, vendrá después de la realización de todos los fines particulares, para enseñarnos la ley del propósito definitivo. Esto es, el secreto del hombre que dominó su envoltura y asimiló su planeta pero no para disolverse en él, sino para convertirse en el soplo de un nuevo ciclo, ya por encima de la civilización y de la misma vida, el ciclo trascendente. Este ciclo no podrá consumarse mientras el alma individual no haya triunfado en su empeño de contagiar algo de la divina armonía a todas las formas fraternas.

El nombre de la etapa a la que aspiramos es el de: Universalidad. Esto significa que sólo podemos realizarnos universalizando los valores supremos: universalización de la dicha, universalización de la conciencia de la inmortalidad, universalidad de la mente y del corazón, para trascender el universo tal y como hoy lo entendemos.

Lo que ningún escepticismo puede negar, es que el pensamiento posee capacidades de sobra para la resolución de todos los problemas sociales.

Haciéndonos intérpretes de la Voz de lo Alto, hablemos para que los pueblos escuchen, y nuestras almas estarán obedeciendo a sus destinos misioneros.

IX. EL PROBLEMA DE NUESTRA RAZA FRENTE A LA AGRESION EXTRANJERA

En la actualidad, todavía, cada una de las grandes nacionalidades, mantiene vigente una política firmemente enraizada en la circunstancia de la desigualdad de los hombres por motivos de color o de raza, no sólo de nación.

Nosotros, los latinoamericanos, estamos aún hoy adormecidos con las doctrinas falsas de la igualdad -estilo siglo XIX- y del internacionalismo, sin tomar conciencia que los grandes imperios la difunden pero no la practican. De aquí que nos resulte importante examinar el sentido y la función que en el mundo contemporáneo desempeñan las realidades de nación y de raza.

Frente a la realidad racial, el internacionalismo, nos resulta hoy una importación de doble filo para la defensa de nuestro patrimonio humano. Y es que nosotros practicamos el internacionalismo a la manera española que atenúa y soluciona en fraternidad -y no con exclusiones tajantes- el problema de la convivencia de las castas. El internacionalismo de nuestra época, en cambio, está cimentado en intereses económicos y políticos y se muestra indiferente frente a la marcada jerarquización racial que ejercitan hoy plenamente las distintas naciones.

Estamos a años luz tanto de la práctica generosa de la cultura española que concretaba la nivelación espiritual de las razas por obra del bautismo, como del igualitarismo liberal, que hoy resulta una burla debido a la injusticia económica. Así, cada trabajador latinoamericano que ofrece su trabajo en Estados Unidos, descubre demasiado pronto que la índole de su sangre le veda los trabajos de primera categoría reservados especialmente a la sangre de patente nórdica. De esta manera, el mentado "internacionalismo", fracasa y es reemplazado por el racismo embozado o franco.

La realidad cruel de hoy es que el internacionalismo es ya una mentira que busca disimular bajo ese nombre, la expansión de los fuertes y la sumisión cada vez más acentuada, así como la lenta muerte de la autonomía de los débiles.

Lo peor es que nuestro **snobismo** se inclina en la dirección de los fuertes, sin tener en cuenta a qué nivel o color cultural responden porque solapadamente rehusamos la realidad étnica que nos constituye. Olvidamos que la primera condición de lo que verdaderamente busca perdurar es afirmarse en lo que es.

Examinando algunos postulados bajo los que se construye la personalidad de nuestra época analicemos el fenómeno de la herencia. Es así significativo tener en cuenta que, mientras en los Estados Unidos, aún los hijos del extranjero, reverencian el recuerdo de los labradores que inauguraron la nacionalidad, entre nosotros, la propaganda desleal de todo un siglo, busca afianzarnos en el prejuicio antiespañol y entonces la gloria que significó la colonización es degradada y deformada al explicarla como época de explotación y oscurantismo.

Renunciando a sus mismos orígenes, nuestras

generaciones desenraizadas y desprovistas entonces de herencia se acogen a la bastardía. Y así podemos observar, por ejemplo, cómo se rotulan los productos nacionales con el marbete extranjero, entre otras tantas aberraciones.

Dentro de nuestro territorio, el factor racial opera y se impone. Así, por ejemplo, observamos que la explotación metalúrgica en nuestro continente se dividió históricamente en dos grandes períodos: el de los españoles y el de los norteamericanos. En el primero, nuestros antepasados criollos o peninsulares aportaban el capital, el espíritu de empresa y la técnica más avanzada del momento.

En la actualidad, según Vasconcelos, las minas del continente, pertenecen al monopolio extranjero, es decir, que otra raza, otro idioma y otra técnica nos ha reemplazado.

Los extranjeros, que viven entre nosotros, organizados en poderosas agrupaciones de beneficencia y de propósitos políticos, reconocen la verdad elemental y biológica que mantiene a los hombres divididos en castas, usos y lenguas.

Es harto frecuente oír al paria declarar que no existen diferencias raciales mientras lo vemos obligado por sus necesidades a servir a jornal a ingleses, a franceses, o norteamericanos. Mientras tanto, los hombres de estos pueblos extranjeros, erigidos en dominadores, practican la casta dentro de su territorio y también fuera, en las distintas naciones en donde habitan.

Se podría decir que a estos hombres los congrega la nacionalidad, pero en realidad, ésta no existe, desde el momento en que, por ejemplo, los yanquis ocupan distintos compartimientos ferroviarios que los negros.

Es así que vivimos engañados.

Todo libro, folleto o discurso que afirme el prejuicio de la firme unidad del nórdico es asimilado y repetido inconscientemente por nosotros que pensamos con servilismo de descastados, que existe, en cambio, una irremediable disgregación latina. No vemos, mientras tanto, que en pocos minutos de trato se patentiza la profunda afinidad del mexicano y del hombre de la patagonia argentina. Dice Vasconcelos: "Estamos así, dentro de la conspiración que calla el triunfo magnífico de España que en sólo trescientos años dio la misma sangre, lengua y cultura a quinientas naciones indígenas y a dos continentes. Mientras que la pobre Europa a los dos mil años de brega está todavía dividida en italianos y holandeses, galos y teutones. No se quiere ver que, en rigor, constituimos la más homogénea de todas las razas que ocupan una vasta extensión del planeta; más uniforme que los chinos cuya unidad no rompe el hecho de que se dividen en sublenguas. Componemos una estirpe más homogénea que la norteamericana unida por el idioma, pero separada según la etnografía. En cambio, la fuerza que se esconde en la homogeneidad del hispanismo continental, así nos pase inadvertida a nosotros, suscita el recelo de nuestros rivales, cada vez que se consideran amenazados..." (7).

Todavía a la zaga de Europa, muchos que creen poseer la verdad, niegan aún la realidad iberoamericana porque siguen apegados a los juicios enmohecidos de hace años. Pero lo real, es que hoy, los mismos extranjeros que antes nos negaban, reconocen el hecho de nuestra unidad esencial, si no política.

Ni el concepto de nación tenemos firme, sin duda porque nos falta la convicción de la sangre. Así, vivimos sordos al llamado de nuestra común idiosincracia étnica. Esto

sucedirá hasta que la realidad, violentamente, nos ponga ante la evidencia de que, a fuerza de negarnos, hemos llegado a constituir una sub-raza.

Son los intereses políticos extranjeros los que, sobre todo, se esfuerzan en mantenernos distantes entre nosotros. En cambio el trato nos iguala. En el momento de determinar la categoría, desaparece la distinción y caemos todos en un mismo nivel: los mexicanos, los portorriqueños, los cubanos, los argentinos, los peruanos. Así, el desorientado iberoamericano que en su tierra creía que estaban abolidas las divisiones raciales y que los hombres son todos iguales, descubre brutalmente al moverse en suelo norteamericano, que quien determina el lugar de cada cual en sociedad y en salario, es una inamovible y fanática jerarquización tácita, no escrita, pero impuesta.

Muy pronto le tocará comprobar que las más altas posiciones del país y el manejo de los asuntos trascendentales están en manos de la aristocracia de los "pura sangre" anglosajones de Nueva Inglaterra.

Como vemos, en contra de muchos doctrinarios teorizantes, en América el problema racial es candente.

Tenemos, a nuestro favor, que la misma biología social determina soluciones contrarias al dominio de una sola estirpe. Los inferiores, más aún si se los mantiene marginados, por incultura se multiplican más que los selectos y acaban por rebasarlos. Nuestro autor se mantiene firme en la convicción de la superioridad del método de fusión y asimilación de las castas que, entre nosotros, practicó el imperialismo español. Pero lo real es que, ambos métodos: el español asimilativo y el anglosajón jerárquico, parecen fracasados ante la terrible realidad que hoy vivimos.

El más grave de los males es la falta de fe en nosotros mismos que hoy nos domina porque nos quita las fuerzas para resistir y, en cierto modo, nos cierra las puertas de un futuro mejor. De aquí que Vasconcelos insista en la trascendencia de tomar consciencia del problema de la raza, de nuestra raza que es la única levadura, la esencia con la que podemos contruirnos un porvenir.

Resulta entonces de vital importancia denunciar las proyecciones de la agresión racial norteamericana sobre la economía y la moral de nuestro continente.

Desde nuestra emancipación de España, osados y estadistas que enmascaran el plan racial bajo la prédica de la igualdad nacional y política, acechan nuestro desarrollo, avizoran nuestros errores y aprovechan nuestras debilidades y discordias.

Nos es archiconocida la lección -presente en todo tipo de literatura escolar o política- de la democracia que iguala a las razas. En ningún libro encontraremos que Norteamérica las jerarquiza desigalándolas arteramente.

Así se va desenvolviendo el verdadero drama que ha costado a nuestro continente la soberanía moral y el patrimonio. Y con el objeto de aprovechar todas las consecuencias del cisma, el imperialismo yanqui utiliza todos los recursos que puede echar mano. Dos de ellos son: por un lado el mito de la prosperidad entre los criollos, y por otro la pseudocruzada de la liberación entre los indios. El Rotary Club y la Misión Metodista son sus órganos.

Así, a través del Rotary, se propagan libros y discursos en dialecto bilingüe que afirman que la América española es un mosaico de razas: el argentino, por europeo, está llamado a prevalecer en el sur sobre los negroides del Brasil

y sobre las castas decaídas de Bolivia y de Chile. Y al brasilero le dicen: "eres portugués y no te pareces a esos españoles degenerados que son tus vecinos...", etc. Y así, progresivamente, unos por vanidad, otros por conveniencia, los terceros por crasa ignorancia, van repitiendo esta infame lección elaborada en base a vergonzosas y bien programadas mentiras por la codiciosa política anglosajona.

El otro agente de disolución y de engaño, es el metodismo que asume diversas y complicadas manifestaciones. Se ejercita esta propaganda sobre el indio de las mesetas, el negro de nuestras costas y el mestizo insatisfecho. Por boca de los pastores o por medio de la literatura protestante se dice, en particular al indio, que sacuda sus cadenas y reviva sus dioses pues los españoles lo conquistaron y luego sus herederos, los criollos, los mantienen en sumisión. De aquí se les induce a limpiar de su sangre la huella española, y a tomar la religión de los fuertes, incorporándose mediante la biblia a través de su interpretación nórdica, a una civilización progresista e igualitaria, la única que puede redimirle de su condición de paria. Pero no añaden que si ese mismo indio se trasladase a Chicago, por ejemplo, no lo pondrían a manejar la máquina, sino a recolectar los desperdicios del taller. Lo mantendrían paria pero sin siquiera el consuelo de su paisaje natal y de sus hábitos propios.

En rigor, lo que se busca es dispersar los elementos de nuestras nacionalidades en descréditos y, en su caso, desviar las reivindicaciones contra los nuevos amos para dirigir las contra el heredero de los supuestos abusos de hace un siglo.

Así actúa, dentro de nuestros territorios, un enemigo que acapara las agencias de información y los transportes, los intereses y las ideas.

La pregunta que surge inevitablemente es: ¿Cuál es la idea capaz de congregar a éstas, nuestras naciones superficiales, vanidosas, susceptibles y débiles? ¿Dónde encontrar el impulso necesario para que las razas vivan de pie y no de rodillas aprendiendo a construirse un destino?

Así dice Vasconcelos: "Mientras no nos hallemos, no nos forjemos la personalidad que es sujeto primordial del derecho, no existirá nuestro derecho, no sobrepasaremos la factoría, no mejoraremos sino que irá empeorando cada vez más la desventura. Sin embargo y por fortuna, a falta de nosotros está en obra la naturaleza que renueva, diferencia y levanta las especies por el método de la invención y la originalidad. Para que un pueblo advenga a la autonomía se hace necesario, no sólo que constituya morada, en una extensión particular del globo sino que revele caracteres especiales y función singular que cumplir" (8).

¿Dónde están, entonces los rasgos y las capacidades que nos daría derecho a la soberanía espiritual, única base legítima de la soberanía económica?

Es común afirmar que somos perezosos y amorales, pero también es evidente que el hombre, sin excepción de raza alguna, se vuelve indeciso y apático cuando el trabajo escasea o cuando por su condición servil, no ofrece otra esperanza que la prolongación indefinida en la mediocridad. No se puede, entonces, acusar a un proletariado que mal trabaja porque mal cobra o una clase media que emigra porque su patria no le ofrece otras expectativas que el manoseado empleo público.

Probados en el trabajo, los nuestros, incluso los indios, resultan tan tenaces como el europeo o el norteamericano.

En cuanto a lo espiritual, nos diferencia del europeo y

del norteamericano, cierto género de sensibilidad, cierto ingenio de valor incalculable por lo original. Poseemos desde hace tiempo una idiosincracia propia, pero la hemos estado aplicando a iguales menesteres que el europeo, sólo que en condiciones desventajosas. Por ejemplo, un físico en la Argentina o en México, difícilmente llegará a igualar su tarea con la del físico europeo porque carece de los laboratorios, bibliotecas e instrumental perfeccionado de aquel continente. Pero si a la capacidad singular aplicamos tarea especializada, si nos dedicamos a las actividades culturales en que más falla el europeo, acaso el resultado de nuestro esfuerzo cambie y se traduzca en beneficio común. Quizá un campo apto para desenvolvernos positivamente sea el de la crítica del arte.

Lo que debemos hacer es vencer nuestro complejo de inferioridad que nos lleva a consultar al europeo antes de opinar nosotros. Debemos ya aprender a conquistar nuestra libertad interior y expresarla luego exteriormente. Es preciso que conquistemos la espontaneidad.

Y a título de creadores de una nueva y vasta síntesis, tendremos que constituirnos en especialistas de las ideas generales, es decir, en filósofos. Esta caracterización, de hecho, protege a nuestro nacionalismo y lo diferencia del nacionalismo que es instrumento de exclusiones raciales y de imperialismos político-económicos.

Porque cuando el nacionalismo sirve para disgregar y no para expandir, debemos liquidarlo. Si el nacionalismo ha de ahondar las diferencias que separan al argentino del chileno, al mexicano del colombiano, reneguemos desde ya de semejante clase de nacionalismo.

Por el contrario, un nacionalismo racial continental, nos

convierte en los herederos del ideal ecuménico español, que sólo entre nosotros podrá cumplirse.

Erijamos en dogma la unidad racial de los hispanoamericanos, y cuidemos que al crecer así nuestro patriotismo se enriquezca también con la colaboración de las razas que nos han ayudado a civilizar el continente. Por la imitación nos vemos conducidos a la irremediable servidumbre; por la invención, quizá conquistemos la victoria de una etapa ilustre en la historia del hombre.

X. HACIA LA RECONSTRUCCION IBEROAMERICANA

El destino del joven iberoamericano, más que cualquier otro de la tierra, aparece singularizado con la exigencia de la invención. En cambio, más o menos se sabe lo que va a decir un francés o un inglés pues lleva cada uno de ellos a su espalda sus maneras tradicionales de reaccionar que les imponen sus respectivas herencias generacionales.

Los lugares comunes de Occidente se repiten con tal insistencia que imponen una cierta uniformidad.

El iberoamericanismo lleva en sí los sedimentos de estirpes a veces contradictorias y está obligado a extraer nuevos dones de la entraña de la vida abriendo en ésta senderos vírgenes. De aquí que ante cada problema de América, resulta inútil toda receta que de Europa nos venga, mientras que nos urge indagar en nuestras propias potencias para buscar nuestras inéditas soluciones.

Y quien puede y debe erigirse en juez supremo de las cosas humanas, es el filósofo que es quien sabe generalizar, pero pensando con la ingenuidad del sentido común

despejado.

Desde este punto de vista filosófico, lo primero que sorprende a los latinoamericanos que pisamos suelo europeo, es la aglomeración dolorosa en que viven esas razas de primera sobre una extensión espacial escasa. De aquí se desprende que la primera preocupación del estadista, debería ser desplazar las aglomeraciones humanas hacia las tierras explotables y aún despobladas. Esto llevaría a descongestionar los centros urbanos y volver al campo, lo que acrecentaría la agricultura.

Este fenómeno ya se está llevando a cabo en España, gracias a su tradicional economía bien cimentada: un proceso curativo que consiste en la reabsorción por la aldea de gran parte de los hombres que desocupa la industria.

La ideología iberoamericana, por el contrario, que tiene al alcance de la vista inmensos territorios vacíos, dando la espalda a nuestros ríos y a las praderas continentales, busca en la teoría una solución que le ofrece la misma naturaleza.

El ferrocarril y la gran empresa, el latifundio y el frigorífico prefieren darnos a la puerta de casa cuanto necesitamos a doble precio pero, eso sí, con buen envase. Pero ¿qué importa la carestía si el economista del **trust** aconseja gastar más, crear necesidades?

Hoy, nosotros en hispanoamérica, nos hallamos en bancarrota. En cambio, el español, se mostró indiferente a la prosperidad del **trust** pero supo resguardar la suya.

España se negó al régimen yanquizado, "trustizante". El secreto de su equilibrio se encuentra en la aldea que no sólo recoge y absorbe buena porción de los parados de la industria, sino que dentro del Estado mantiene un régimen económico autóctono casi. Al aldeano que se basta a sí

mismo, no se le perdona fácilmente que viva sin rendir tributo a la gran industria. Sin embargo, el campesino vive con decoro en España, y como se abstiene de comprar calzado en fábrica o el tipo de camisa de moda, no contribuye a enriquecer el grueso industrial de Nueva York o de Londres y, por lo mismo, éstos no lo consideran un hombre civilizado. Pero, lo esencial, es que es más dueño de su destino que los norteamericanos.

La sociedad norteamericana de consumo, lee y escribe y aún comenta lo que se dice en los diarios, y juega a la democracia en los partidos políticos y hasta se permite veleidades comunizantes, pero no tiene bastante criterio ni suficiente rebeldía, para levantarse contra el fabricante que le impone el corte de traje, la comida envasada y precocida en la mesa y hasta de diversión de un cine estúpido y nada aleccionador en sus ocios. Y añade Vasconcelos: "Las multitudes de las ciudades de nuestra América pasan por civilizadas, según el grado en que cumplan el deber de comprar la tela extranjera, la pasta de dientes y el wisky con que tanto ignorante reemplaza el buen vino de mesa argentino o chileno o francés. Detrás de cada uno de estos hábitos está el compromiso de trabajar para el fabricante, de vivir para enriquecerlo. Y en consecuencia necesitamos el salario que es pan de cada día y falsa dicha de las horas que ha inventado la manera de no tener gasto diario. Nunca va al cine pero en la iglesia disfruta de música buena, no de sonajero metálico. Y no depende sino en mínimo grado de los demás: es el señor de su propia existencia" (9).

En una palabra, defiende la civilización contra la peste que son los parias de la metrópoli y los ricos desarraigados. El aldeano español detesta la política, pero cuando llegan las elecciones, vota para echar fuera, al político que le

colmó la paciencia. Sobre hombres como éstos se apoyan las democracias.

Frente a este tipo de vida, la verdadera esclavitud del asalariado, está en el peso diario que, necesariamente, tiene que ganar para vivir. Para conseguir este jornal diario se consuman todas las infamias. Es preciso ganar o robar si se desea subsistir. El aldeano vive pobre pero vive señor porque ignora esa angustia, junto con las otras de la moda y el lujo.

Es claro que a todos les interesa una reforma, incluso a los grandes propietarios que mantienen sus tierras incultas, pues enseguida la valorización que resulta de una intensificación del cultivo, les reembolsaría de la pérdida por concepto de indirectas confiscaciones legales.

Lo realmente positivo, sería dar al colono, facilidades para convertirse en propietario. Y únicamente el Estado cuenta hoy con los recursos necesarios para abrir regiones nuevas, para afrontar los gastos del primer período del establecimiento y también para otorgar la propiedad a quien trabaje la tierra.

Pero no hay que olvidar los intereses creados que se levantan siempre contra cada innovación bien intencionada que busque solucionar los problemas humanos inteligentemente. Para contrarrestar el efecto de estas propagandas antipatrióticas, el Estado debería controlar a las grandes agencias extranjeras de noticias. A causa de estas agencias, obedientes a su gobierno, la prensa toda está a merced de las conveniencias políticas del exterior.

Para que el pan de los pueblos no dependa de las combinaciones del mercado internacional, cada pueblo debería producir lo necesario para su sostenimiento. Así como a

nivel internacional, debería existir el intercambio de los productos que constituyen monopolio nacional. De esta forma, se establecería el equilibrio de las naciones según la economía.

Hoy, el momento resulta propicio para someter a nacionales y extranjeros a las exigencias de un plan económico favorable a los intereses de la mayoría de cada país. No hay otra manera de prevenir contra el desastre. La única forma de evitar la revolución de los de abajo es consumándola desde arriba. Si arriba sólo se piensa en reprimir el anhelo reformador y en mantener el mismo orden de cosas, se aplazará tal vez el estallido, pero sólo para volverlo más feroz en el momento fatal de su desahogo.

La cohesión que hace falta para construir sobre las bases de la vieja economía, un sistema más eficaz, exige que, en materia de opinión y de creencia se practique la más amplia tolerancia, de acuerdo a los usos de la democracia.

Ya es tiempo de que tomen conciencia todos aquellos que amen a su patria. Urge la sana tolerancia que nos junte a todos, como se unen los pueblos cultos para salvar el común interés. Para curar a los pueblos enfermos del continente, es menester la cooperación en defensa de la raza amenazada y todavía **non nata**.

Dentro de un nacionalismo comprensivo, el proletariado organizado en uniones y sindicatos tan fuerte como en otras naciones y más fuerte que hoy; y las clases pudientes, organizadas para aumentar la riqueza, más bien que para defender celosamente sus privilegios, contribuirán al progreso.

Es deber del latinoamericano, construir una economía

independiente del exterior y asiento de una cultura completa y autóctona.

Para realizar este proceso, hacen falta capitanes, Este papel le corresponde a la juventud de nuestro continente. Juventudes de México que se han decantado en la constante pelea contra dictadores que son esbirros del poderío extranjero. Juventudes de la argentina que tienen bajo sus pies el tesoro del continente que ha de dar a los hombres normas nuevas en economía y en mentalidad.

Para todas estas angustias actuales, para todas estas empresas futuras, importa revisar los valores del presente, las armas con que contamos para la acción del progreso. Soñ estas armas variables según la práctica, adaptables en economía política, discutibles en el orden social y cada pueblo hará mejor inventando sus propios sistemas. Pero hay algo que ni se inventa ni se cambia porque está ya constituido y no muda. Ese algo es la ley moral que rige hombres y pueblos con inflexible disciplina a través de la historia.

Desde que aparece el cristianismo, cada pueblo histórico ha sido fuerte según la fidelidad con que pone en acto la auténtica doctrina de Cristo.

Pero el hombre tiene que saber, a ciencia cierta, la enormidad de la tarea que tiene delante de sí todo el que combate por ese ideal que implica la imitación del camino de Cristo. Esta tarea misionera no se consuma con la sola victoria ni con derrocar a un tirano -aunque es preciso derrocar a cada tirano- sino que debe renovarse una y otra vez, sin descanso y sin ilusión, golpeando sin tregua contra los grandes obstáculos y contra los ruines contratiempos que suelen agotar el anhelo.

El camino del ideal sin reservas es duro, quien lo siga ha de contar de antemano con la desilusión y el infortunio. El que ambicione dicha o se complazca con la comodidad y la fama, debe apoyarse en las ideas corrientes y con buena salud y poco esfuerzo alcanzará ventura y hará felices a los suyos, siempre que cuide de dar su parte al más fuerte, y la razón no a quien la tiene sino a quien la impone...Hombres así suelen ser útiles y sin duda son merecedores de su dicha cómoda y ruin.

Pero si se siente en el fondo del corazón una inquietud sorda que no se satisface ni con el lucro, ni con la falsa fama, ni con la dicha mezquina, y el alma se siente movida por un afán que se atreve a todo y sufre por el disgusto de no conocer toda la verdad, si el ansia de la vida infinita la llena de un dolor confuso que nada cura del todo, es decir: si el alma está dispuesta a padecer, resuelta a no hacer otra cosa que sufrir sin concesiones toda una vida de martirio y grandeza espiritual entonces, el hombre puede estar seguro que se puede contar entre los elegidos. Pero es importante que conozca, de antemano, que le espera la indiferencia y la pobreza, el escándalo, la persecución y el odio, la desdicha de los que ama, separaciones lacerantes y luego también la calumnia y la burla, el desdén y la saña, el presidio, el destierro, y quizá la muerte.

Si el hombre desea enfrentar a todo esto, a cambio de unos breves instantes de verdad resplandeciente y de intuición luminosa de la Eternidad divina, se sentirá invencible, y por mucho que lo atormenten podrá seguir adelante sin que nada pueda tocarlo realmente: ni el dolor, ni la muerte.

Podrá así, seguir adelante contra los despotismos de la tierra y contra los abusos de la mente, desarrollando todas

las capacidades para trabajar por el triunfo de la acción libre y generosa. Entonces la consigna será: batallar y forjar sin descanso; en patrias como la nuestra no hacer es un pecado: hay que usar esta fuerza para derribar la tiranía del hombre, la tiranía de las instituciones y la tiranía de los propios apetitos. Y es que para dirigir pueblos y redimir gentes hay que vencer primero en uno mismo.

Lo que importa es que, finalmente, no sea sólo un grupo el que pelee y proteste sino la nación entera indignada y unida en un propósito de regeneración y libertad. Es cierto que es muy difícil sacudir mayorías que sólo atienden a sus inmediatos intereses materiales, pero por esto mismo es que toda reforma comienza por la acción de una minoría intrépida que si tiene razón y es tenaz, acaba por imponerse a todo. El secreto es perseverar en un propósito noble y elevado. Hay que ser más firmes, más constantes que nuestros enemigos: más sobrios, más laboriosos, más clarividentes en el pensar y más resueltos en la acción. Entonces el triunfo llegará, inesperado y espléndido.

Debemos combatir la explotación del hombre por el hombre en las ciudades y en los campos, establecer la paz que nace de la justicia y la abundancia, y una vez lograda esta victoria, proscribir la violencia y condenarla hasta que no pueda renacer. Pero matarla con un derroche de bien; pagar la cárcel con la libertad, el destierro con el retorno y el odio con el amor.

Fue este camino que, como dijimos antes, es al fin, el duro y espléndido camino de la imitación de Cristo, el que siguió fielmente Vasconcelos inspirado, iluminado por una misión superior: la exaltación del hombre iberoamericano, misión que lo convierte en uno de los elegidos por la mano Divina.

De aquí que resulten gráficas estas palabras llenas de ardiente fe y de sed de infinito que lo pintan de cuerpo entero: "Algo me llama por dentro y al acudir a encontrarlo, siento que he menester huir de mí mismo. No por mis pecados que un dios de bondad redime con una sola mirada, sino porque hay algo impropio de mi esencia. Yo quiero tornarme a Tí como arde el leño en la llama, limpio de toda mísera huella. Claro como el cielo después de la lluvia. Y busco el ritmo en que mi alma, resuelta en canto ha de subir hasta el cielo" (10).

NOTAS

- (1) VASCONCELOS, José; **"Estudios: Cervantes y América"**, p. 19.
- (2) VASCONCELOS, José; **La Raza Cósmica**, p. 16.
- (3) VASCONCELOS, José; **Indología**, p. 18.
- (4) VASCONCELOS, José; **Ideario de Acción**, p. 17.
- (5) VASCONCELOS, José; **Indología**, p. 195.
- (6) Ibid, p. 215-216.
- (7) VASCONCELOS, José; **Hispanoamérica frente a los Nacionalismos Agresivos de Europa y Norteamérica**, p. 19.
- (8) Ibid, p. 34.
- (9) Ibid, p. 72-73.
- (10) VASCONCELOS, José; **"Himnos Breves"**, en **Ideario de Acción**, p. 73.

BIBLIOGRAFIA

A) FUENTES

VASCONCELOS, José:

La Raza Cósmica. Bs. As., Espasa-Calpe Argentina, 1948, p. 210.

Ideario de Acción. Perú, Ediciones Actual. Centro de Ediciones Libros. Publicidad, 1924, 100 p.

Ulises Criollo. 9a. ed., México, Ediciones Botas, 1946, 443 p.

Indología. 2a. ed., Barcelona, París. Agencia Mundial de Librería, 1926, 231 p.

Prometeo Vencedor. México, Lectura Selecta, 1920, 92 p.

Hispanoamerica frente a los Nacionalismos Agresivos de Europa y Norteamérica. Conferencias pronunciadas en la Fac. de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de la Plata en agosto-octubre de 1933. La Plata, 1934, 100 p.

La Tormenta: 2da. parte de Ulises Criollo. 4a. ed., México, Ediciones Botas, 1936, 592 p.

Breve Historia de México. 2a. ed., México, Ediciones Botas, 1937, 698 p.

El Desastre: tercera parte de Ulises Criollo. México, 5a. ed., Ediciones Botas, 1938, 780 p.

El Proconsulado: cuarta parte de Ulises Criollo. 2a. ed., México, Ediciones Botas, 1939, 780 p.

"Estudios": "Cervantes y América", **Revista Iberoamericana**, vol. XIII, octubre 1947, Nro. 25, p. 13-21.

"La Significación de Manila", en **Revista de la Universidad de Antioquía**, julio, agosto, septiembre 1952, Nro. 138, Tomado de la Revista **Lectura**, p. 313-321.

"Pensamientos". En **Rev. de la Univ. de Antioquía**, julio, agosto, septiembre

1959, Nro. 138, tomado de la Revista **Lectura**.

"Hispanoamérica se acerca al Mundo", en **Revista de la Univ. de Antioquía**, julio, agosto, septiembre 1959, Nro. 138, tomado de la Revista "Lectura", Nro. 4, agosto 1958, p. 299-301.

"José Vasconcelos habla de las virtudes creadoras del gachupín", **La Nación**, noviembre 13, 1950, p. 16.

"Deber de Hispanoamérica", **Cuadernos-Hipanoamericanos**, enero-febrero, 1948, 105-109 p.

En el Ocaso de mi Vida, México, Populibros, "La Prensa", 1957, 289 p.

Discursos: 1920-1950, México, Ediciones Botas, 1950, 318 p.

"Discurso en la Universidad de Chile", **Repertorio Americano**, V, marzo 1923, p. 351.

"Carta a la Juventud de Colombia", **Repertorio Americano**, VI, julio 1923, p. 202-204.

"Democracia en Acción", **Atenea**, XII, septiembre 1929, p. 185-189.

B) OBRAS CONSULTADAS

BLANCO, José Joaquín: **Se llamaba Vasconcelos**. México, Fondo de Cultura Económica, 1977, 213 p.

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana. 67. Madrid, Espasa-Calpe, 1929, p. 140-141: "José Vasconcelos".

ANDERSON IMBERT, Enrique: **Historia de la Literatura Hispanoamericana**. Col. Breviarios. México, Fondo de Cultura Económica, 1970, 2 v. J.I.G. Homenaje a José Vasconcelos", p. 281-321, en **Revista de la Universidad de Antioquía**, julio, agosto, septiembre 1959, Nro. 138, Colombia.

IRIARTE, Joaquín: "Vasconcelos o el filósofo del Trópico", p. 284-295, en **Revista de la Universidad de Antioquía**, julio, agosto, septiembre 1959, Nro.138, Colombia.

- BEER, Gabriela de: José Vasconcelos an his world, New York, Las Américas, 1966. VII, p. 456.**
- HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: Historia de la Cultura en la América Hispánica, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 241.**
- BASAVE FERNANDEZ DEL VALLE, Agustín: "La metodología de José Vasconcelos", en Revista de la Universidad de Buenos Aires, XII, 1953, p. 461-490.**
- CESTERO, Manuel: "José Vasconcelos", Rev. Nosotros XLVIII, 1924, p. 409-414.**
- Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A., Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, X, 1952: "José Vasconcelos", p. 672.**